

entonces en la escuela filosófica francesa, que se arrastraba penosamente tras de Locke y de Condillac. Napoleón se mostraba cada vez más desconfiado de las ideas filosóficas, que conducían, en su sentir, á las ideas revolucionarias; aunque nada tiene de particular, estando, como estaba, fácilmente dispuesto á considerar como revolucionaria toda tentativa de oposición liberal. Un *pensador* era siempre en su concepto, si no un enemigo, un hombre á quien se debía vigilar.

Sin embargo, durante el Consulado y el Imperio se preparó la transformación de la filosofía francesa. Bajo el Consulado, el anciano SAINT-LAMBERT (1716-1803), autor del poema *Las Estaciones*, obtuvo el premio extraordinario de moral, del Instituto, por su *Catecismo universal ó principios morales de todos los pueblos* (1798-1801), aunque esta obra contiene en el fondo doctrinas materialistas y no se eleva de la moral utilitaria (1). El proceso de las ideas cambió radicalmente á fines del Imperio, notándose esta transformación en los cursos públicos que se daban bajo la protección del Gobierno. LAROMIGUIÈRE (1756-1837), discípulo de GARAT (1749-1833), dió en la Facultad de Letras, desde 1811 á 1813, un curso concurrentísimo, en el que el profesor, con gran facilidad de palabra, claridad y elegancia de exposición, sin romper con la escuela oficial, se separaba de ella en muchos puntos (2).

En aquel mismo tiempo debutó en la cátedra de historia de la filosofía un antiguo proscrito de Fructidor: ROYER-COLLARD (1763-1845); su enseñanza era diametralmente opuesta á la de Laromiguière: sus lecciones eran claras, su estilo seco, conciso, pero por la severidad de su forma y su belleza recordaba los escritores del siglo XVII. Exponía ideas que, habiendo permanecido largo tiempo en el olvido, parecían nuevas. En 1811, ante unos cincuenta oyentes, comenzó un curso, que sólo duró dos años y medio, pero que dejó huellas indelebles y duraderas. Royer-Collard no adelantó, sin embargo, gran

(1) Por el mismo tiempo, LUIS-CLAUDIO DE SAINT-MARTIN, «el filósofo incógnito», completó la exposición de sus doctrinas místicas, ó *espiritualismo puro*, con su *Ojeada filosófica sobre la naturaleza de los seres* (1800) y en su *Misión del alma humana* (1802). Pero estas obras estaban sólo dedicadas á un corto número de prosélitos.

(2) Véase F. Picavet: *Los Ideólogos*, París, 1890, en 8.º La antigua escuela contaba todavía con partidarios obstinados y fieles, como DESTUTT DE TRACY (1754-1836), que fué primeramente militar como Saint-Lambert, mariscal de campo en 1792 y senador en 1799.

cosa á la escuela escocesa. Francia poseía entonces un filósofo á la vez original y profundo, MAINE DE BIRAN (1766-1824), también proscrito de Fructidor como Royer-Collard. En 1802 ganó el premio del Instituto por una memoria sobre la *Influencia de la costumbre sobre la facultad de pensar*, triunfo que alcanzó inspirándose en la escuela de Condillac, aunque era fácil descubrir en ella otras fuentes de inspiración. En 1805, en su *Análisis del pensamiento*, antró en una nueva vía y demostró las lagunas del sensualismo. Esta tendencia se confirmó en su estudio sobre la *Percepción interna inmediata*, que obtuvo un accésit en la Academia de Berlín (1807), y principalmente en sus *Relaciones entre lo físico y lo moral*, premiados, en 1811, por la Sociedad real de Copenhague. Sobresalía en esta obra por la manera de comprender y de tratar los asuntos filosóficos, que la lengua francesa no recordaba desde los *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, de Leibnitz. Esta obra viene á ser la antítesis de doce memorias que el célebre médico CABANIS (1757-1808) reunió con el mismo título (1); él (Cabanis) y Biran son los sabios que presentan mayor originalidad en las ideas filosóficas. Los nombres de CUVIER, GEOFFROY SAINT-HILAIRE y principalmente LAMARCK, por su *Filosofía de las ciencias naturales*, y hasta el del doctor GALL, inventor de frenología, deben ocupar un sitio preferente en la historia de la filosofía.

TEORÍAS POLÍTICAS. —ECONOMÍA SOCIAL. —Muy difícil era, á pesar de los recelos del poder imperial y de su vigilancia, que la filosofía no influyese en la política tras un siglo en que los filósofos, en Francia, se habían limitado casi á desempeñar el papel de reformadores. Pero entonces llamaron la atención principalmente algunos adversarios de la escuela filosófica propiamente dicha. El visconde de BONALD (1754-1840), emigrado en 1790 y repatriado en 1806, publicó en el extranjero su *Teoría del poder político y religioso* (1796) y su *Legislación primitiva*, en la que, fiel á sus ideas religiosas y monárquicas,

(1) El abate ÉMERY, que obtuvo del primer Cónsul la fundación del seminario de San Sulpicio, reimprimó en 1803 su *Espíritu de Leibnitz*, bajo el título: *Pensamientos de Leibnitz sobre religión y moral*, en la que, como en sus *Pensamientos de Descartes* (1811), basa la religión en la filosofía.

á veces con estrechez de miras y atribuyendo á la revelación primitiva el origen del lenguaje y de nuestros conocimientos, asimila el poder social á la autoridad del padre de familia. Su severo estilo, sus casi siempre trabajosas deducciones, su desprecio hacia los hechos y las ideas de su época, la falta absoluta del deseo de agradar, su repugnancia hacia la imaginación, en la que cree ver «algo de satánico», eran condiciones poco favorables para popularizarse fuera de su partido. Antitético era JOSÉ DE MAISTRE (1753-1821), que defendía análogas ideas con tal brillo y elocuencia, que obligaban á sus adversarios á salir de su indiferencia excitando su curiosidad á la par que su odio. Caía de intento en la paradoja y en lo extraordinario, procurando principalmente presentar de la manera más agresiva las ideas que él sabía debían chocar con la opinión general. Al aconsejarle sus amigos que suavizase ciertas frases á fin de no levantar inútilmente protestas: «¡Bah!—les decía,—¡démolos ese hueso á roer!» No llevaba el convencimiento á los espíritus, pero demostraba que el catolicismo constituía una gran fuerza, que era dable combatir, mas no podía despreciarse. Hizo casi imposible un nuevo Voltaire; desde este punto de vista fué sumamente útil á la causa religiosa. Sus *Consideraciones sobre Francia* son del 1799; *El Papa* se publicó en 1809. Las cartas que escribió desde San Petersburgo, donde representaba al rey de Cerdeña desde 1803, y que constituyen uno de sus más brillantes triunfos literarios, no se publicaron hasta mucho después.

Al lado de estos profetas del pasado, MADAMA STAËL, con igual elevación, pero con mayor amplitud, defendía los principios del gobierno parlamentario y representaba el espíritu de Francia, las ideas del 1789, más tal vez en sus tendencias liberales que en su susceptibilidad democrática (1). Cara pagó Madama de Staël su oposición al Gobierno imperial, y sin embargo, los ataques verdaderamente graves que Saint-Simon y Fourier dirigieron por aquel mismo tiempo á las bases fundamentales de la sociedad, tal como se constituyera desde 1789-1800, no provocaron la menor persecución. Verdad es que los

(1) Sobre Madama de Staël, véase: *Madama de Staël y su tiempo*, por la condesa de Leyden (Lady Blennerhasselt), traducida del alemán por A. Dietrich; París, 3 vol. en 8.º, 1890; Dejob, *Madama de Staël y la Italia*.

primeros escritos de estos reformadores pasaron casi desapercibidos; y, por otra parte, ambos apelaban á la protección del Estado para la aplicación de sus teorías. Los cambios realizados en algunos años por la Revolución, y por el mismo Napoleón, les autorizaban para creer que



Chateaubriand. (Copia de un retrato pintado por Girodet, fotografía de Braun, Clément y Compañía)

no era imposible un cambio más. Natural era que tras el movimiento revolucionario, que había elevado al primer puesto á los reformadores improvisados, que muchas veces no tenían más títulos para ello que la violencia y la grosería, apareciesen otros reformadores científicos, hijos de la reflexión, pero no por esto menos absolutos y quiméricos. El marqués de SAINT-SIMON (1760-1825), descendiente de la familia del autor de las *Memorias*, que se había distinguido en la guerra de

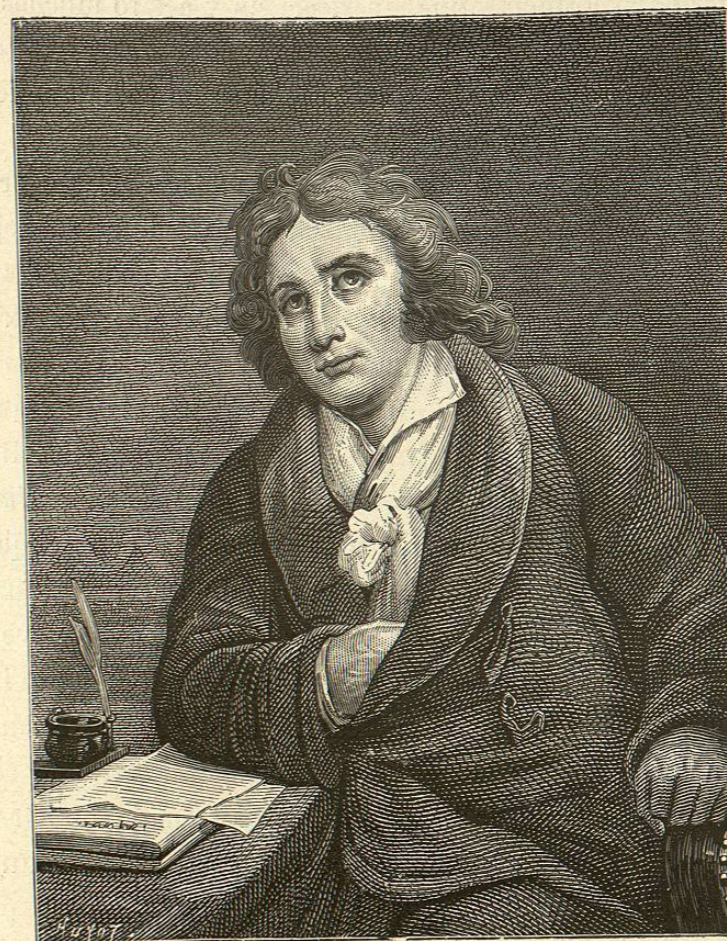
América, al lado de Lafayette, publicó en 1802 su primer escrito: *Cartas de un habitante de Ginebra á sus contemporáneos*, que, en germen, contienen ya las ideas desarrolladas en su *Introducción á los trabajos científicos del siglo XIX* (1808) y en su obra más importante titulada: *Reorganización de la sociedad europea*, que apareció en 1814.

El socialismo, completamente autoritario en Saint-Simon, aparece más liberal en CARLOS FOURIER (1772-1837). En el mismo año en que Saint-Simon publicó su primera obra de importancia, Fourier dió á luz su *Teoría de los cuatro movimientos* (1808), que contiene el programa completo de su doctrina. El título íntegro de esta obra es: *Teoría de los cuatro movimientos y del destino en general; prospecto y anuncio del descubrimiento*, Leipzig, 1808. La obra, en realidad, se imprimió en Lyon; un solo periódico, *La Gaceta de Francia*, dió cuenta de ella en los números del 1.º, 4, 9 y 14 de Diciembre de 1808. Fourier apeló, para alcanzar la armonía universal, fundada sobre las ruinas de la barbarie y de la civilización (1), al nuevo Hércules cuyo nombre resonaba de polo á polo: la humanidad, acostumbrada al espectáculo de sus milagrosas hazañas, espera de él algún prodigio que debe cambiar la faz del mundo. «Pueblos,—dice,—vuestros presentimientos se van á realizar, la misión más brillante de la historia está reservada al mayor de los héroes.»

Entre la multitud de utopías que recuerdan la *República* de Platón y la *Utopía* de Tomás Moro, con la agravante circunstancia de considerar su realización como posible, y como posible inmediatamente, se encuentran muchas ideas originales y hasta prácticas para la organización del trabajo y la armonía social. Nadie ha sabido demostrar mejor el poder de la asociación, cosa particularmente útil en Francia, sobre todo después de las transformaciones de 1789. Entre otras dió la fórmula de que «en una asociación, los beneficios deben ser distribuidos en razón directa del capital, del trabajo y del talento.» L. Reybaud, que no figura por cierto entre los partidarios

(1) La palabra *civilización* no la aceptan los fourieristas. La civilización es el tipo social de los *economistas*, basado en la libre concurrencia. Los partidarios del falansterio le oponen la *armonía*, viendo únicamente en la civilización una segunda fase de la barbarie.

de Fourier, ha dicho con este motivo: «Aunque no se debiese á C. Fourier más que esta sencilla y precisa definición, le cabría la gloria de haber pronunciado la fórmula sacramental para la organización del trabajo industrial, pues el porvenir, así es á lo menos de



José Chénier. (Copia del retrato hecho por H. Vernet)

esperar, pertenece á la asociación.» Pero, como dice M. Fouillée, «la verdadera asociación es la de las libertades que se unen para cumplir con sus deberes y proteger sus derechos, y nunca la de las pasiones que se aproximan para lograr su goce mancomunadamente.» De todos modos, sus doctrinas no ejercieron influencia sobre la sociedad francesa hasta pasado el año 1830 (1). Los trabajos de los

(1) A la par de estos reformadores ensoberbecidos, que querían reconstruir la socie-